

ESO TAN

DIFÍCIL...

J. Ramón Bidagor S. I.

Los hombres hablamos de lo que sabemos y de lo que imaginamos. De lo que tenemos y de lo que deseamos.

A veces, creo, damos más certeramente en el blanco cuando filosofamos sobre lo que no teniéndolo, anhelamos. Cobra en nuestra mente un valor de realidad, perfilado con los mil detalles del ensueño. Sale algo íntimamente nuestro. Parto invisible pero auténtico. Un hijo nuestro...

Algo de esto me ocurre hoy. Quisiera dar a luz lo que he pensado mucho y he deseado mucho. Soñaba en *un amor* de veras que *todos los católicos nos teníamos*. Eso tan viejo y tan manoseado. Y tan difícil y tan desconocido.

Me lo trae al corazón una crítica: otra contracrítica. La crítica de la autocrítica. La réplica de la autocrítica a la crítica. Y todo ese rumor de marea, tan viejamente humano, y tan difícilmente divino.

Nota bene

La oveja 98 soy yo. Y yo también la 100. Yo el «sansculotte» y el aristócrata... Siempre yo, aunque vaya a hablar de la caridad. Por eso precisamente. Porque esto es un poco de examen de conciencia. Ando hurgando en mi subconsciente y encuentro esto...

Nuestra madre la historia

Los rojos y los blancos. Los sansculottes y los aristócratas. Bastilla y Triánón. Siempre se repite la historia; como las películas de buenos y malos...

Lo que no sé es si deducimos sus exactas

lecciones. Porque en todas las etapas de ella hay algo muy hondo y difícil de bucear: *¿Los rojos son rojos porque nacieron rojos, o... porque algo y alguien los fue metiendo en su color? ¿Quién tiene la culpa...?*

Cuando cae, libremente, un hombre, somos muchos, probablemente, los que le hemos preparado la pendiente.

La Revolución francesa comenzó por el *bárbaro egoísmo de los privilegiados*. Y también nos enseñan algo los «cipreses...»

Todo examen de conciencia no es sólo sobre el talento avaramente apresado —mi entrada al cielo!— sino sobre *los ocho en que pudo convertirse*. Hay un pecado que es hacer. Y otro que consiste en no hacer. Y otro en *no dejar hacer*, lo que yo, cobardemente, soy incapaz de hacer. Y otro en no apoyar a quien quiere hacer... Las cosas son siempre complejas. Y parecer no es lo mismo que ser.

Entre rojos y blancos lo malo es el absolutismo de las ideas. Unos y otros somos de *una tajancia insoportable*. No hay un blanco bueno para el rojo. Para el blanco no ha nacido un rojo sin pecado. Siempre andamos jugando a ángeles y bestias los que paradójicamente albergamos juntos en un ser al ángel y la bestia.

¿Entonces? Entonces *será mejor intentar ver siempre en mi prójimo, que es otro yo, lo bueno* algo sombreado por lo malo. Y que siempre se salve casi más de lo salvable.

Sólo así se puede llegar a discusión. Confieso mi incapacidad de responder sereno cuando el de enfrente me trata como a *beato incorregible*, o «carca» inabordable, o monopolizador del Dogma; o, como *hereje*, o pró-

...DE LA CARIDAD

ximo a la herejía, o de ideas peligrosas contagiables como la lepra, y por tanto como a ser temible.

La discusión sana es cuestión de clima. Toda tormenta deshace.

Yo el buen burgués

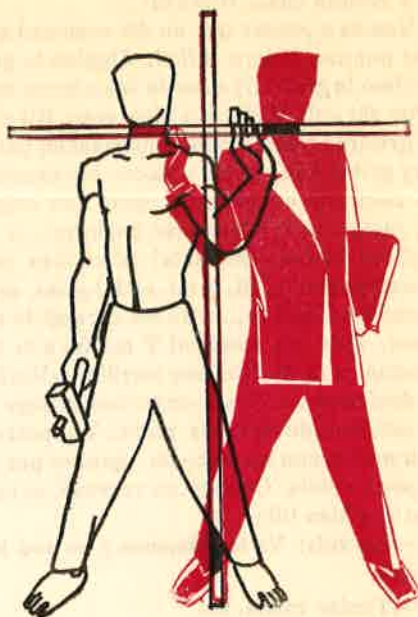
Mi cima de edad no ha arribado todavía a la curva feliz del conservadurismo. Y sin embargo, voy sintiendo el magnífico respeto que merecen unas canas bien ganadas dentro de cánones, todo lo burgueses que queramos, pero que exigieron luchas, valentías, y disgustos. Aquel *Divino Impaciente* de Pemán, es un ejemplo, no satisfizo a mis padres burgueses, sino a mis padres católicos. Hoy lo podemos contemplar cálidamente arrellanados, calibrando sus ripios y sus defectos dramáticos. Cuando se vió por primera vez, aquello fue un grito de muchas cosas (y un buen grito entonces costaba cárceles...) Allí los católicos gritaron su vida, su disconformidad, su amor a una Compañía expulsada. ¡Qué sé yo!

Creo comprender también que esas canas llevan, con frecuencia, casi sin quererlo, al dogmatismo y al monopolio. La etapa históricamente más difícil es —en las familias y los imperios— la de la emancipación por mayoría de edad y pensamiento.

Creo también que a veces tengo un peligroso concepto, y falso, de la revolución: El de echarlo todo patas arriba para volverlo a hacer yo nuevo. Jesucristo hizo una revolución única, y comenzó por aquello de «no he venido a deshacer sino a cumplir».

Por último, ¡qué disparate voy a decir! La prudencia suele estar más en el conservadurismo. Y la prudencia es una virtud cardinal, divina... aunque personalmente no sea mi preferida.

Un punto final. Quisiera que Dios me diese amor a los ultras de ayer, tanto como a los comunistas de hoy. Porque quisiera sentir a todo el cuerpo de la Humanidad total y absolutamente mío, uno, común, como una flecha disparada al cielo, como un solo redil.



El redil

¿Qué pasa en el redil? (Ahora soy la oveja 98).

«Y... ¿quién que pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto y va en busca de la perdida hasta que la encuentra?» (Lc 15⁴⁸).

¡Qué cariño, Señor!

—Pero... ¿no ves que fue por su culpa? ¿que es mala? ¿que si vuelve, volverá a escandalizar a las demás, a lo peor?

—Pero siquiera ríñela!, azótala!; dile que nosotros ya te advertimos que iba por malos caminos...!

Qué murmullo de... ¿amores, o de rencores...?

«Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo... Pero el Padre dijo a los criados: Traed en seguida la mejor túnica, y ponérsela». Y allí fuera el hermano justo no estaba conforme con la actitud del Padre... (Lc 15^{30 ss}).

No sé si acertaré a decir lo que pienso. Es así:

¿Y si la oveja 100 —la hermana de las 99— era buena aunque algo inquieta?

NOTAS PARA EL DIÁLOGO

Y resulta que... triscaba!

Vamos a pensar que un día comenzó a trepar por una ladera difícil. Alguien le gritó, (¿cómo le gritó...?) «Que te vas a hacer daño! ¡Por ahí no!» Y ella no hizo caso. (El cómo le gritaran tiene mucha importancia; porque hay gritos que invitan a hacer precisamente lo contrario de lo que el grito nos exige... Y, ¿exigir es lo mismo que implorar...?)

¡Pero vamos, era mala! ¡Y no hizo caso! Y entonces a la 98, a mí, el del grito, se me escapó: «¡Ojalá te...!» Se me escapó, lo confieso. ¡Era tan humano! Y me fui a la 97 y después a la 95. Hicimos corrillo: «¿Ves? Ya lo decíamos...» Hasta engordamos algo con la satisfacción de tener razón. Y esperamos a la noche con un poco de zozobra por si a lo peor volvía. Cuando no regresó, el corazón nos hizo tilín.

—«Lo veis! Ya la avisamos y no nos hizo caso!»

—¡Tenías razón, 98!

Tenías razón... Pero ¿tenías amor?

Si yo, pongo lo más delicado del amor humano, hubiera sido su madre, ¿cómo la hubiera llamado? (Ah, el grito tenía importancia) Estoy seguro que me hubiera dejado los pellejos entre las breñas y le hubiera inundado a lágrimas. Y si todavía... Entonces no hubiera vivido de angustia y de rezar y de hacer penitencia.

Tenías razón, pero... ¿Tenías amor?

«—¿No decía que era tan inteligente? Si hasta se reía de nuestras prácticas. Hacía chacota de los que no compartíamos su ideología.» «—Nada! Que la pague!»

Estoy dudando hasta de tener razón. *La verdad es mucho más serena que todo eso.* Al menos con demasiada frecuencia cuando me he encontrado dialogando tan en caliente, me he equivocado...

«—¿No tenía nada bueno?» ¿Nada? ¿Sólo un poco?» —Pero envuelto en tanto malo!!»

Voy a intentar cambiar la frase como haría mi madre. Diré como ella: «Es muy rebueno, aunque algo travieso...» Algo por el estilo del amor, no de la guerra... Pero de la guerra ha dicho G. Elorriaga esa cosa preciosa que luego citaré.

Y ahora sin parábolas

Hay una respiración del amor inconfundible. Se llama oración, sacrificio, olvido, perdón; y otra vez oración, sacrificio, olvido y perdón.

Nadie ha dicho que se llame connivencia, abandono de criterios... No! *Se llama amor.*

Amor como respiración. Amor como vida. *Amor con cariño.* Siempre me he reído de ese amor que para decir «te amo», tiene que hacer un silogismo antes: «Es hermano mío. Luego debo amarle. Luego le amo». ¡De amores metafísicos, libranos Señor!!

Si algo tiene derecho a sentirse en esta vida es el amor. Como algo caliente, ardoroso. Como el seno ungido y cálido donde el crío, que no sabe de palabras, pero que sintoniza casi sensorialmente con el amor, se hunde seguro, a pesar de los mojicones y de los regaños, que no están reñidos con el verdadero amor.

Me permito dudar de un amor cuyo único remedio es la Inquisición, esa invocación suprema sólo ensayable cuando ha fracasado el sacrificio y la muerte en cruz. Y usable, aun entonces, sólo con lágrimas.

¡Algunos parece que gozamos tanto con ver a otros sin cabeza!

¿Cuántas veces he rezado hasta la sangre, y he estado dispuesto a llegar al Calvario por ése a quien yo creo equivocado? Porque esta es otra cosa.

La oveja cien es *tan oveja del redil como la 98.* Y la 98 como la cien. Esta es un poco más... trisquera, vamos a decir. Hay que reconocerlo. Tal vez le come la santa ambición de actitudes incómodas —«la de los que no toman el cristianismo como un seguro de vida eterna que le dispense de todo riesgo y elección»—. O tal vez también, es infinitamente fiel a la Tradición, y su fidelidad le cuesta sangre porque ha hecho su elección del riesgo de la firmeza... Pero, al fin, las dos son del redil. Condenar a cualquiera de las dos por mala, juzgo que sería mejor dejárselo discriminar al Pastor.

Pero concedamos a la 98 que tiene razón.

¿No hay manera de tener razón? Sicológicamente suele pasar: Hay tales maneras de tener razón, que la sinrazón se yergue sola, por reacción humana. Como en los punch de

las ferias. Tú das el puñetazo y sale, erguido, el muñeco con la lengua fuera. ¡Sicología!

* * *

¿Del lado de qué oveja me he puesto? ¿Me habré dejado llevar de la guerra? ¿Habrá vencido en mí esa «naturalidad» tan bien analizada por Elorriaga en Ateneo (1): «La grave deformación que llega a producir el absurdo espiritual de que el hombre se sienta más enemigo que prójimo de aquellos otros de quienes les separan unas distintas creencias (—y aun opiniones diría yo...) Y con ello que el término guerra de Dios (2) sea interpretado al pie de la letra y sea más frecuente la indignación y el insulto o el desprecio, que la persuasión, el diálogo o el amor. Bastante lamentable es que en nuestra patria sea tradición hacer bandera en la política, en el deporte o la literatura, pero que los problemas del espíritu se empequeñezcan de esta manera, es una lacra inconcebible que debieran denunciar incansablemente todas las voces autorizadas...»

¡Verdaderamente que *es difícil esto de la caridad!*

Tan difícil que los pacíficos (no hay verdadera paz sin amor, y al revés) serán llamados hijos de Dios... Que Él nos la dé a todos. *Y sin guerra civil*, por favor! ¿No os suena a artillería gruesa, aquello de «no se arredre usted. No se eche atrás...» Todos, hermanos, nos deberíamos arredrar. Todos deberíamos temblar... Porque en «aquella hora nos juzgarán del amor».

Y hoy se impone la lucha, a corazón partido, por el amor de unos a otros. ¡Cruzada del amor!

Ya basta de derrochar energías en defendernos. Es una tragedia tan nuestra, en mi

indigno juicio, ésta de gastar más de la mitad de nuestras fuerzas en defendernos...

Cuando cambiemos el verbo criticar por el amar, conjugado con más perfección que aquél— y ya tenemos que llegar a perfección gramático-cardíaca... —emprendemos el camino del triunfo. Hasta entonces tal vez se respire «ese espíritu de capilla, mezquino, estrecho, rastrero, aldeano y cominero que permite estar discutiendo cuestiones de vana preeminencia, inútiles problemas de calificación jurídica, mientras... se hinche de almas el infierno» (3).

Amar lo propio no significa menospreciar lo ajeno. Y amar a los demás *sí* significa posponer, o al menos igualar en apreciación, lo nuestro.

* * *

Lo que tenía que decir ya se ha terminado. Lo que queda de oración y sacrificio por hacer, apenas si lo he comenzado. Es lo más difícil. Pero antes de concluir quiero hacerme eco de otro clamor. Y esto ya no es amor. Es justicia. Base y partida para aquél.

Es completamente justa y digna de atención la perogrullada de Ciervo (4) «Criticar una obra es criticar una obra». Y el autor es siempre un hermano digno de todo el respeto. Por lo menos del respeto de su dignidad humana. ¡Si todos nos pusiésemos a excogitar el turbio origen de una cosa que tal vez... que es posible...!! Sin más comentario.

Dios habló hasta por la boca de la burra de Balaam. A lo mejor me ha dicho algo para alguien esta noche. Tal vez tengo razón. Ojalá tenga amor. Hago un esfuerzo por igualar en mi cariño a la 98 con la cien. Y procuro respirar oración, sacrificio, olvido y perdón; y otra vez oración...

Dámela Tú, Señor!! Amén.

(1) 89 (1955) 3.

(2) Término, por otra parte, profunda y bellamente cristiano; además de deseable...—

(3) L. DE ECHEVARRÍA: *Ascética del hombre de la calle* p. 271 (es verdad que traído a otro propósito).

(4) 38 (Octubre 1955) 8.